

VELAZQUEZ EN IRUN

I

En España, donde se sabe al dedillo la vida y milagros de cualquier pelafustán orador, es casi ignorada la historia de nuestros grandes artistas.

Para una persona que tenga en su biblioteca un par de libros de arte, se contarán por miles las que no conozcan ni por el forro semejantes obras.

Bien es verdad que el campo de las bellas artes está muy poco espigado.

Las obras de Pacheco, Carduccio, Jusepe Martínez, Holanda, Palomino y Mengs, para no citar otras menos interesantes, constituyen el sumo caudal de conocimientos en materia de arte.

Antonio Palomino, el honrado Palomino, como le llama Menéndez Pelayo, y Rafael Mengs, el pintor filósofo bohemio (sólo de nacimiento, pues era de aristocrático talante) fueron los últimos dictadores de estética.

Palomino cayó del trono de la moda, y sus reglas de taller, sus puerilidades y rubores de medianía sabia fueron barridos por la crítica moderna, amplia, grande y abierta á todas las ideas.

Mengs sufrió aun más que Palomino. Su crítica adusta, seca, ceñu-

da y de disciplinas se impuso en un principio con el terror del domine y la intransigencia del sectario.

Talentos tan profundos como el de Arteaga, el primer crítico español del pasado siglo, y del presente me atrevo á decir, ofrecieron ante el altar de Mengs el cruento sacrificio de ideas nobles, nuevas, puras y hermosas.

Mengs acabó su titánico reinado cuando no encontró fácilmente cuerpos humildes que resistieran sus disciplinazos, ni cerebros que se amarraran al suyo.

Después de estos monarcas del gusto en su tiempo, la dinastía de estéticos y reformadores se fué secando, y bien pudieron decir Mengs y Palomino que su descendencia sería enteca y encanijada.

Hoy por hoy nada ó casi nada tenemos en materia de arte, que pueda servir de grato solaz y útil entretenimiento.

Las artes españolas, la pintura sobre todo, no se detienen en predicar sino en practicar.

Las teorías é ideas se traducen en cuadros y entran por los ojos con el bello aparato de la luz y los colores. Hoy día el crítico ó el aficionado han de proceder á una observación detenida del hecho, de la suma y no de los factores.

Por estas razones y datos que aquí exponemos tal vez inoportunamente, no queda duda de que el abandono de los estudios artísticos tiene cierta disculpa en la falta de libros y apuntes antiguos y modernos.

Pero es un deber de todo amante de la belleza iluminar, siquiera con luz prestada, las páginas hermosas del arte español.

Leyendo el Palomino encontré algunos datos curiosos sobre la estancia de Velázquez, el gran pintor sevillano, en Irún.

II

El año 1660,—dos años después de haber recibido Velázquez la señalada merced del hábito de Santiago,—y por el mes de Marzo, don Felipe IV, el real modelo de Velázquez que á pie y á caballo le inspiró tan hermosos retratos, encomendó al gran pintor la delicada y difícil misión de buscarle aposento, en la jornada que su majestad hacia á Irún,

acompañando á la serenísima señora infanta de España doña María Teresa de Austria.

Velázquez en su calidad de aposentador mayor de palacio, preparó su viaje, harto incómodo en aquella época, y salió de Madrid algunos días antes que su majestad.

Llevaba consigo á Joseph de Villarreal, ayuda de la Turriera y maestro mayor de las reales obras, á más de un lucido y bien aparejado séquito de criados, necesarios en la jornada por llenar los diferentes menesteres y varios oficios requeridos para la comodidad y brillo de tan majestuosa comitiva.

De las cocinas de S. M. salieron olorosos estofados y retostados pasteles á la última manera italiana, amen de varios frascos de aquel exquisito Valdepeñas ó el montilla de ambar que inmortalizó el pintor don Diego en su admirable cuadro de los «Borrachos».

De mulas diestramente apeladas de lucientes cascós, caballos andaluces tan arrogantes como el que sostenía á Felipe IV en la plaza de Oriente, telas riquísimas de vivos colores y compuestos tonos que no parecían sino copiados á la misma florida naturaleza, literas lujosamente forradas de suave terciopelo milanés, libreas gentilmente adornadas, paramentos, armas, sillas bordadas y mil vistosos objetos se pudo formar un cortejo que diera envidia á los mismos de Kambises y el gran Alejandro.

Para solaz y gusto de los viajeros iban los más perniquebrados y jorobados bufones de la corte.

Velázquez que los conocía á maravilla, se alegró mucho de llevar tan corcovada y graciosa compañía...

También formaba en la procesión varios recios y lustrosos mastines y otros perrillos lanosos y ladrones, que limpiaron suelo y mantel de las ruines migajas que dejaron los cortesanos para recuerdo del exquisito sabor de los pasteles italianos y los castellanos estofados.

Otras vistosas cuadrillas de criados y mozos lleva tras sí Joseph Nieto, aposentador de la reina Cristianísima.

La jornada empezó por Alcalá y Guadalajara.

Las empobrecidas villas de Castilla contemplaban atónitas el deslumbrador aparato de la comitiva.

Velázquez con los servidores de su jurisdicción y á su orden, podría parecer un rey arrogantisimo, pues con su gentil presencia y fogosa mirada parecía engrandecer y hacer majestuoso cuanto miraba.

Jornada tras jornada, entre nubes de polvo, chaparrones é incómodas posadas, llegó don Diego á la gran ciudad de Burgos, en donde se asienta la maravillosa catedral de encaje, maravilla y no octava, sino primera y muy primera.

En Burgos, la comitiva tuvo el necesario descanso; hombres y bestias reposaron de su poco gratas fatigas.

Aún hacia mucho frío en Burgos y entre romadizos y alifafes de todas clases, el viaje se retrasó.

Entonces recibió Velázquez órdenes de S. M. para que se quedase en la vieja ciudad castellana don Joseph de Villarreal, ayuda de la Turreria, porque don Felipe IV se había de detener en Burgos.

Los demás prosiguieron su interminable camino, más variado para Velázquez, que iba viendo desfilar ante sus ojos delicados paisajes, hermosos tipos, curiosas y picarescas escenas.

Su alma de artista encontraba sabroso y celestial alimento en las genialidades y gracias que brota la noble tierra española.

Como término de su viaje llegaron á la murada y fuerte Fuenterrabía.

Velázquez aposentó á S.M. en el castillo que ya tenía prevenido el barón de Batevilla, gobernador de la ciudad de San Sebastián, á su cargo estuvo la fábrica de la Casa de la Conferencia, que se formó en la isla de los Faisanes, que hace el río Bidasoa junto á Irún en la provincia de Guipúzcoa.

Embarcóse en una gabarra don Diego Velázquez con el barón para ir á la casa de la Conferencia, que dista poco de Fuenterrabía, y ver en el estado que estaba, porque se había aumentado mucho á la forma que tuvo el año de 1659, en que el cardenal don Julio Mazarino y el señor conde-duque de Sanlúcar ajustaron las paces entre el católico, rey de España y cristianísimo de Francia. Tuvo orden de S. M. para asistir á la exornación de esta casa, y la del castillo, y que estuviese en la ciudad de San Sebastián para cuando S. M. llegase, donde había de detenerse algunos días.

Llegó don Felipe IV á San Sebastián en verano, cuando las saladas brisas oreaban y refrescaban la ciudad, y el campo se adornaba con todo linaje de hermosuras.

El rey poeta pudo alborozarse de la gran fiesta que tierra y mar hacían para recibirle. Posible es que recordara las bellísimas descripciones de Lope ó las pomposas de don Luis de Góngora. Rey y pintor se so-

lazarían grandemente, y más cuando se acercaron á la gigantesca Fuenterrabía, señora muy pertecha de todas armas, que puso espanto al francés con sus recias murallas y los corazones ardientes y encendidos de sus defensores.

En primeros de Junio el monarca traductor de Guicciardini y el famoso autor de las Meninas, seguidos de gran golpe de cortesanos aparatoso cortejo que no parecía sino desafiar al sol por su brillo, asistieron á todas las funciones que se celebraron en la Sala general de la Casa de la Conferencia, hasta el lunes 7 de Junio «que fueron las entregas de la dicha serenísima señora infanta al cristianísimo de Francia Luis décimo cuarto, donde hago pausa, dice Palomino, y yo con él: porque para contar la grandeza y lucimiento que tan grandes monarcas ostentaron en tan feliz día es necesario más dilatado papel y más elegante pluma.»

«El gran Luis XIV hizo á S. M. en este día el regalo de un Toyson de diamantes, un reloj de oro, enriquecido de diamantes y otras joyas finísimas, riquísimas y primorosas de inestimable precio. El regalo se le entregó á don Diego Velázquez para que lo condujese al palacio del castillo de Fuenterrabía.»

No fué don Diego Velázquez el que en este día mostró menos su afecto en el adorno, bizarría y gala de su persona; pues acompañada su gentileza y arte, que eran cortesanas, sin poner cuidado en el natural garbo y compostura, le ilustraron muchos diamantes y piedras preciosas: en el color de la tela no es de admirar se aventajara á muchos, pues era superior en el conocimiento de ellas, en que siempre mostró muy gran gusto: todo el vestido estaba guarnecido con ricas puntas de plata de Milán, según el estilo de aquel tiempo, que era de golillas, aunque de color, hasta en las jornadas, en la capa la roja insignia, un espadín hermosísimo con la guarnición y contera de plata, con exquisitas labores de relieve, labrado en Italia; una gruesa cadena de oro pendiente la Venera, guarneida de muchos diamantes en que estaba esmalteado el hábito de Santiago, siendo los demás cabos correspondientes á tan precioso aliño.

«Martes á ocho de Junio salió S. M. de Fuenterrabía, y Velázquez sirviéndole, que así se lo había S. M. ordenado, y que fuera adelante José de Villa Real, su ayuda, haciendo el aposento. La jornada de la vuelta fué por Guadarrama y el Escorial á Madrid.»

Cuando entró Velázquez en su casa fué recibido de su familia y sus

amigos con más asombro que alegría, por haberse divulgado en la corte su muerte, que casi no daban crédito á la vista: parece que fué presagio de lo poco que vivió después.

Sábado, día de San Ignacio de Loyola y último del mes de Julio, habiéndose estado Velázquez toda la mañana asistiendo á S.M., se sintió fatigado con algún ardor. Los médicos dijeron que era principio de terciana sincopal minuta sutil, y el 6 de Agosto, viernes, de 1660, á las dos de la tarde, y á los sesenta y seis años de su edad, dió su alma á Quien para tanta admiración del mundo le había criado.

RODRIGO SORIANO.

